A LA PUESTA DEL SOL, LA ALEGRE NIÑA. POEMAS SELECCIONADOS   GIACOMO LEOPARDI





Giacomo Leopardi



Giacomo Leopardi

A la puesta del sol, la alegre niña

Poemas seleccionados



Giacomo Leopardi

Giacomo Taldegardo Francesco di Sales Saverio Pietro Leopardi nació en Recanati, Italia, el 29 de junio de 1798.

Fue un escritor italiano que, por su formación y gusto por la poesía clásica y romántica, trató de resaltar en su escritura el ideal de una existente intimidad profunda entre el hombre y su entorno, la naturaleza; y en otras, muestra el quiebre de esta relación. Pero, sobre todo, lo que más resalta en sus letras es una voz de desamparo y pesimismo.

Falleció en Nápoles, Italia, el 14 de junio de 1837.

A la puesta del sol, la alegre niña. Poemas seleccionados.
Giacomo Leopardi

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: María Grecia Rivera Carmona
Corrección de estilo: Katherine Lourdes Ortega Chuquihuara
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

A LA PUESTA DEL SOL, LA ALEGRE NIÑA

A la puesta del sol, la alegre niña…

A la puesta del sol, la alegre niña
torna de la campiña
con su haz de yerba y el florido ramo
en que lucen al par violeta y rosa,
y que, inocente, apresta
para adornar gozosa
pecho y cabellos al llegar la fiesta.
A par con la vecina
siéntase a hilar en el umbral la anciana
volviendo el rostro al astro que declina,
y se transporta a la estación lejana
cuando, aún fresca doncella,
danzaba al terminarse la semana,
con sus amigas de la edad más bella.

El aire se obscurece,
se matizan de azul los horizontes,
y descienden las sombras de los montes
cuando la luna cándida aparece.
La torre de la villa
la fiesta anuncia, y sus alegres sones

bajan a confortar los corazones.
Sobre la plaza la vivaz cuadrilla
de rapaces gritando
y aquí y allí saltando,
alza rumor que anima y alboroza;
mientras silbando el labrador regresa
y sentado a su mesa
con el descanso que prevé, se goza.

Cuando el silencio con la sombra crece
y toda luz fenece,
oigo el martillo que tenaz golpea
en el taller, donde el oficial se afana
por dejar terminada la tarea
antes de que despunte la mañana.

Este es de la semana
el más hermoso y el postrero día.
Mañana tornarán fastidio y pena,
y a la habitual faena
cada cual volverá como solía.

¡Jovencillo gracioso!
Tu dulce edad florida

es como un día de alborozo lleno,
día claro y sereno,
que precede a la fiesta de tu vida.
¡Goza, gózalo pues! Edad de flores,
suave estación es esta:
nada más te diré; pero no llores
si se retarda tu anhelada fiesta.

Amé siempre esta colina…

Amé siempre esta colina,
y el cerco que me impide ver
más allá del horizonte.
Mirando a lo lejos los espacios ilimitados,
los sobrehumanos silencios y su profunda quietud,
me encuentro con mis pensamientos,
y mi corazón no se asusta.
Escucho los silbidos del viento sobre los campos,
y en medio del infinito silencio tanteo mi voz:
me subyuga lo eterno, las estaciones muertas,
la realidad presente y todos sus sonidos.
Así, a través de esta inmensidad se ahoga mi pensamiento:
y naufragó dulcemente en este mar.

Aquí, vagando del umbral en torno…

Aquí, vagando del umbral en torno,
la lluvia y la tormenta invoco en vano,
para que la retenga en mi morada.

Bramaba el huracán en la floresta
y el trueno retumbaba entre las nubes,
antes que el alba iluminase el cielo.

¡Oh amadas nubes, cielo, tierra, plantas!,
parte mi amor: piedad, si en este mundo
piedad existe para un triste amante.

¡Despierta, torbellino, y trata ahora
de envolverme, oh turbión, hasta el momento
que en otra tierra el sol renueve el día!

Se aclara el cielo, cesa el viento, duermen
las hojas y la yerba, y, deslumbrado,
de llanto el crudo sol llena mis ojos.

Cara beldad que, ausente…

Cara beldad que, ausente,
amor me inspiras, o escondiendo el rostro
salvo que el alma ardiente
en el sueño tu sombra no sorprenda,
o en el campo en que esplenda
más claro el día y la creación más pura,
¿acaso el inocente Siglo de Oro
colmaste ventura,
y eres en esta vida alado espíritu,
u ocultándote ahora suerte avara
para futuras horas te prepara?

Poder mirarte viva
mi corazón no espera,
sino en el día en que desnuda y sola
por nueva ruta a peregrina esfera
marche mi alma. En el albor primero
de mi jornada incierta y tenebrosa,
te imaginé viajera,
por el árido mundo. Mas no hay cosa
que aquí se te asemeje, y aunque alguna

recordase tu rostro, nunca fuera
en actos y en palabras tan hermosa.

Entre tantos dolores
como a la vida humana ofrece el hado,
sí verdadera y cual te pinta el alma
te amase algún mortal, para él sería
el vivir más preciado.
Bien claro veo que tu amor me haría,
cual, en los verdes años, todavía
ansiar gloria y virtud. En vano el cielo
esquivo se mostrará a mis afanes;
que al lado tuyo este mortal camino
fuera un sueño divino.

Por los valles, que escuchan
del laborioso agricultor el canto,
y donde me lamento mientras huye,
el ilusorio y juvenil encanto,
y por las cumbres, en que evoco y lloro
los deseos sin fruto y de mi vida
la perdida esperanza, en ti pensando
comienzo a palpitar. ¡Ah si pudiera,
en el ambiente tétrico y nefando

del siglo, conservar tu imagen pura!
¡Ella sola endulzara mi amargura!

Si tú de las ideas eternales,
eres una, de aquellas que de formas
sensibles no vistió la eterna ciencia
ni entre caducos restos
soportan el dolor, de la existencia,
o si acaso en el cielo donde giras
otra tierra te acoge entre sus mundos,
y más bella que el sol próxima estrella
te alumbra, y más benigno éter aspiras,
desde aquí, donde llora aquel que vive,
de ignoto amante la canción recibe.

Como en noche callada…

Como en noche callada,
sobre el campo argentado y la laguna,
donde aletea el céfiro
y mil aspectos vagos
y objetos engañosos
fingen lejanas sombras
en las ondas tranquilas,
en setos, lomas, villas y ramajes,
junto al confín del cielo,
tras de los Alpes o del Apenino
o del Tirreno en lo hondo,
cae la luna, y el mundo palidece;
las sombras huyen, y una
oscuridad envuelve monte y valle;
ciega la noche queda,
y, cantando con triste melodía,
la última luz del fugitivo astro
que fue su guía hasta ahora
saluda el carretero en su camino,

así también se aleja
y la vida abandona

la juventud. En fuga
van sombras y ficciones
de agradables engaños; se disipa
la lejana esperanza
en que mortal Natura se sustenta.
Abandonada, oscura
queda la vida. En ella la mirada
pone en vano el confuso caminante,
en busca de un sendero que le lleve
a una meta; y comprende
que en la mansión humana
en un extraño ya se ha convertido.

Harto alegre y dichosa
nuestra mísera suerte
pareciera, si el juvenil estado,
en donde un goce es fruto de mil penas.
durase todo el curso de la vida.
Dulcísimo decreto
el que a todo animal condena a muerte,
si en medio del camino
no surgiesen dolores
aun más terribles que la muerte misma.
De mentes inmortales

hallazgo digno, extremo
de todo mal, fue para los eternos
la vejez, donde se halla
intacta el ansia, la esperanza extinta,
secas las fuentes del placer, las penas
son mayores siempre, sin hallar ventura.
Llanuras y colinas,
caído el esplendor que al occidente
el velo de la noche plateaba,
huérfanas largo tiempo
no quedaréis, que por el otro lado
pronto veréis el cielo
de nuevo clarear, surgir la aurora,
y el sol apareciendo detrás de ella
y fulgurando en torno
con poderosos rayos,
de lúcidos torrentes
os bañará, ya los etéreos campos.
Mas la vida mortal, cuando se extingue
la hermosa juventud, no se ilumina
jamás con otras luces ni otra aurora.
Viuda será hasta el fin; oscura noche
que a las otras edades
marcan los dioses como sepulturas.

Cuando muchacho vine…

Cuando muchacho vine
a entrar en disciplina con las Musas.
Una de ellas me cogió de la mano
y durante aquel día
en torno me condujo
para ver su oficina.
Me mostró uno por uno
los útiles del arte,
y el distinto servicio
a que cada uno de ellos
se emplea en el trabajo
de la prosa y el verso.
Yo la miraba, y dije:
«Musa, ¿y la lima?» Y contestó la diosa:
«La lima se gastó; ya no la usamos».
Y yo: «Mas rehacerla
es preciso, ya que es tan necesaria».
Y contestó: «Así es, mas falta tiempo».

¿Dónde vas? ¿Quién te llama…

¿Dónde vas? ¿Quién te llama
lejos de los que quieres,
bellísima doncella?
¿Sola, peregrinando, el patrio techo
abandonas tan pronto? ¿A estos umbrales
regresarás? ¿Alegrarás un día
a estos que hoy te están llorando en torno?

Secos los ojos, de animoso porte,
afligida te encuentras, sin embargo.
Si grato o no el camino, si el retiro
adónde vas es triste
o alegre, por tu aspecto
grave, mal se adivina. ¡Ay! No podría
asegurar, ni acaso lo comprende
el mundo aún, si en disfavor del cielo
estás, o ser llamada
afortunada o mísera tú debes.

Muerte te llama, al comenzar del día
su último instante. Al nido que abandonas

no volverás. La vista
de tu familia dejas
por siempre. Está ese sitio
al que vas, bajo tierra;
allí residirás eternamente.
Feliz eres tal vez; mas quien contempla
tu destino, pensando en sí, suspira.

Mejor era, imagino,
no ver la luz. Pero nacida cuando
regiamente se extiende la belleza
por los miembros y el rostro,
y empieza todo el mundo
a inclinarse ante ella desde lejos;
al abrirse la flor de la esperanza,
y mucho antes que en la alegre frente
la lúgubre verdad relampaguee,
como el vapor que se condensa en nube
bajo formas fugaces a lo lejos
disipándose apenas ha nacido,
y cambiar el futuro
por el silencio oscuro de la tumba,
esto, si al intelecto

feliz parece, invade
de compasión el pecho al más constante.

Madre dura y llorada
desde el nacer de la familia humana,
natura, pavorosa maravilla,
que por matar engendras y amamantas,
si es un daño la muerte
prematura, di, ¿cómo la permites
en estos inocentes?
Si es un bien, ¿por qué aciaga
sobre todos los males
al que parte y al que con vida queda
haces inconsolable la partida?

Mísera dondequiera
que mire, que se vuelva o que se acoja
esta sensible prole!
Quisiste que engañosa
fuese aún de la vida
la joven esperanza; de ansias llena
la onda del tiempo; al mal único amparo
la muerte, y este signo ineludible,
esta ley inmutable.

Pusiste al curso humano. ¡Ay! ¿Por qué al menos?
Tras los arduos caminos, no nos diste
una meta gozosa? Pero ella
que por suerte futura
siempre al vivir llevamos ante el alma;
ella, a quien nuestros daños
tan solo la consuelan,
vela con paños negros,
ciñe de triste sombra,
y, espantoso a la vista,
más temible que el mar parece el puerto.

Si desventura es este
morir que tú destinas
a aquellos que, inocentes y sin culpa,
sin quererlo, abandonas a la vida,
la suerte del que muere es preferible
a la de aquel que siente
morir a los que ama. Que, si es cierto,
como creo seguro,
que desdicha es la vida
y una gracia el morir, ¿quién, pues, podría
desear que a los suyos
el instante postrero les llegara,

y quedar al fin solo
y fuera de sí mismo,
y ver desde el umbral cómo se aleja
la persona querida
junto a quien ha pasado tantos años,
y decirle el adiós sin esperanza
de encontrarla de nuevo
por la senda del mundo,
y luego, solitario, abandonado,
mirando en torno los usuales sitios,
recordar la perdida compañía?
¿Cómo, ¡ay!, cómo, natura, no te importa
arrancar de los brazos
del amigo al amigo,
del hermano al hermano,
de los hijos al padre,
de la amante a la amada, y, muerto uno,
al otro conservar? ¿Cómo pudiste
hacernos necesario
el dolor de que, amando, sobreviva
al mortal el mortal? Pero natura
Jamás en sus acciones
de nuestro mal o nuestro bien se cuida.

El infinito

Siempre caro me fue este yermo monte
Y ese obstáculo, que de esta parte
Del último horizonte la vista excluye.
Mas sentado y mirando interminables
Espacios tras él, y sobrehumanos
Silencios, y profundísima quietud
Mi mente imagina; tanto que por poco
mi corazón se asusta. Y como el viento
oigo susurrar entre las plantas, yo aquel
Infinito silencio a esta voz
Voy comparando: y me acuerdo de lo eterno,
Y las muertas estaciones, la presente
viva, y su sonido. Así en esta
Inmensidad mi pensamiento se hunde:
Y el naufragio me es dulce en este mar.

Era el alba, y detrás de los postigos…

Era el alba, y detrás de los postigos
por el balcón el sol insinuaba
la luz primera en mi cerrada alcoba;
cuando en el tiempo que es más leve el sueño
y más suave cubre las pupilas,
junto a mí vino, y me miró a la cara
el simulacro de la que primero
el amor me enseñó, y me dejó el llanto.
No parecía muerta, sino triste,
con semblante infeliz. Con la derecha
cogiendo mi cabeza y suspirando
«¿Vives —me dijo— y guardas de nosotros
algún recuerdo?». Respondí: «¿De dónde
y cómo vienes, oh belleza? ¡Ah cuánto,
cuánto pené por ti: yo no pensaba
que pudieras saberlo, y esto hacía
aún más desconsolado mi dolor.
¿Pero vas a dejarme una vez más?
Lo temo mucho. Di, ¿qué te ha ocurrido?
¿eres tú la de ayer? ¿y qué te aflige
eternamente?». «Ofusca la olvidanza

tu pensamiento, y lo confunde el sueño
—dijo—. Estoy muerta, y hace muchas lunas
me viste por postrera vez». Inmenso
dolor el pecho me oprimió al oírlo.
y prosiguió: «Morí en la flor del tiempo,
cuando la vida es más hermosa, y antes
que el corazón comprenda que son vanas
las esperanzas. El mortal enfermo
desea fácilmente a quien le libra
de afanes; mas la muerte sin consuelo
llega a la juventud, y es duro el hado
de la esperanza extinta bajo tierra.
Vano es saber lo que a los inexpertos
de la vida natura les esconde,
y al saber inmaduro en mucho gana
el dolor ciego». «Oh cara, oh sin ventura,
calla, calla —le dije— pues el pecho
tu voz me rompe. ¿Así pues, estás muerta,
oh mi dilecta?; ¿y yo estoy vivo? ¿El cielo
ordenó pues que aquel sudor extremo
este cuerpo tan tierno y querido
probar debiera, y para mí quedaran
enteros mis despojos? ¡Cuántas veces,
al pensar que no vives y que nunca

te volveré a encontrar en este mundo,
no lo puedo creer! Ay, ay ¿qué es esto
llamado muerte? ¡Si hoy por experiencia
lo supiese, e inerme la cabeza
sustrajera a los odios del destino!
Soy joven, mas se pierde y se consume
mi juventud igual que la vejez
que aún está lejos, pero que me espanta.
Pero de la vejez poco difiere
de mis años la flor». «Los dos nacimos
—dijo— para llorar; a nuestra vida
la dicha no rio; y se gozó el cielo
con nuestras penas».
«Si de llanto el párpado —añadí— y mi semblante emblanquecido
por tu partida ahora, y si de angustia
llevo el pecho cargado, di, ¿de amor
ascua alguna, o piedad alguna vez
hacia el mísero amante ardió en tu pecho
cuando vivías? Yo desesperando
y esperando pasaba día y noche
entonces; y hoy se cansa en vanas dudas
mi mente. Que si al menos una vez
dolor sentiste de mi negra vida
dímelo, te lo pido, y me socorra

el recordar, pues de futuro privan
a nuestros días», y ella: «Oh desdichado,
consuélate. Yo de piedad avara
en vida no te fui, ni ahora lo soy,
mísera yo también. No tengas queja
de esta desgraciadísima muchacha».
«Por nuestra desventura, y el amor
que me oprime —exclamé— por el querido
nombre de juventud, y la perdida
esperanza, permíteme, oh amada,
que tu derecha toque». Y con un gesto
triste y suave me la dio, y al tiempo
que de besos la cubro, y de afanosa
dulzura palpitando a mi anhelante
seno la aprieto, de sudor hervían
pecho y rostro, la voz se me cortaba,
y vacilaba el día ante mis ojos.
Cuando ella tiernamente su mirada
fijó en la mía, «¿olvidas, oh querido,
—dijo— que estoy desnuda de belleza?,
y tú de amor en vano, oh desdichado,
tiemblas y ardes, y ahora, al fin, adiós.
Nuestros cuerpos y mentes se separan
eternamente. Para mí no vives

y nunca vivirás. Ya rompió el hado
tu fe jurada». Entonces con angustia
yendo a llorar, y delirando, henchidas
las pupilas de llanto sin consuelo,
dejé el sueño. Mas ella, sin embargo
quedó en mis ojos. Y en el rayo incierto
del sol me pareció seguirla viendo.

Hermanos a la vez creó la suerte…

El amado del cielo muere joven.
Menandro

Hermanos a la vez creó la suerte
al amor y a la muerte.
Otras cosas tan bellas
en el mundo no habrá ni en las estrellas.
Nacen de aquel los bienes,
los placeres mayores
que en el mar de la vida el hombre halla;
y todos los colores,
todo mal borra ella.
Bellísima doncella,
de dulce ver, no como
se la imagina la cobarde gente,
al tierno Amor le hace
compañía frecuente,
y el camino mortal juntos recorren
y a todo corazón más sabio
que el herido de amor, ni que la vida
infausta más desprecie,

ni que por otro dueño
como por este los peligros busque;
donde tu llama prende,
amor, nace el aliento
o se despierta; y su saber en obras,
no, como suele, en pensamiento vano,
muestra el linaje humano.

Cuando encendidamente
nace dentro del alma
un afecto amoroso,
juntamente con él un misterioso
lánguido anhelo de morir se siente;
cómo, no sé; mas esta es la primera
señal del verdadero amor potente.
Quizás a la vista entonces
espanta este desierto; acaso espera
el mortal que ha de hallar inhabitable
la tierra sin aquella
nueva, sola, infinita
felicidad que su pensar figura;
mas presintiendo el corazón por ella
terrible tempestad, quietud ansía
y refugio apetece,

ante el fiero deseo
que en torno ruge y todo lo oscurece.

Cuando lo envuelve todo
la formidable fuerza
y fulmina en el alma afán constante,
¡cuántas veces te implora
con intenso deseo,
oh dulce muerte, el dolorido amante!
¡Cuántas veces, oh, cuántas a la noche
o al alba abandonándose rendido
juzgó gran dicha que jamás pudiera
despertar de su sueño
ni ver la luz amarga nuevamente!
Y al son a veces de la triste esquila,
del canto que conduce
a los que mueren al eterno olvido,
con suspiros ardientes
de lo íntimo del pecho envidia tuvo
de aquel que bajo tierra a habitar iba.
Hasta la tosca plebe,
el labriego, que ignora
toda virtud que del saber deriva,
hasta la joven tímida y esquiva,

que de la muerte al nombre
sentía sus cabellos erizarse,
contemplan ya la tumba y el sudario
con un mirar de fortaleza lleno,
y en hierro y en veneno
meditan largamente,
y aun en su indocta mente
la gentileza del morir comprende.
Tanto a la muerte inclina
de amor la disciplina. Y es frecuente
que la interna pasión llegue a tal punto
que la fuerza vital no se sostenga,
y ceda el cuerpo frágil
a la terrible lucha, y de esta suerte
por fraterno poder triunfe la muerte,
o tanto instigue amor en lo profundo
del corazón que el tosco campesino
y la tierna doncella
con mano violenta
su carne juvenil dé a la tierra.
Ríe entonces el mundo,
al que el cielo vejez y paz consienta.

Al ferviente, al dichoso,
al animoso ingenio
conceda el hado alguno de vosotros,

dulces dueños, amigos
del humano linaje,
cuyo poder no hay quien aventaje
en el mundo, pues solo la potencia
del hado es superior a vuestra esencia.
y tú, a quien ya desde mis verdes años
honrando siempre invoco,
bella muerte, piadosa
tan solo tú de la aflicción terrena,
si celebrada fuiste
alguna vez por mí, si del mezquino
vulgo la ofensa a tu esplendor divino
enmendar un día quise,
no tardes más, mis ruegos
vehementes escucha,
¡cierra mis ojos tristes
para siempre a la luz, reina del tiempo!
Me hallarás ciertamente, a cualquier hora
en que tus alas hacia mí despliegues,
levantada la frente, apercibido,
resistiendo al destino;
la mano que al herirme se colora
con mi sangre inocente
no he de colmar de elogios

ni bendecir, cual hace
por antigua ruindad la humana gente;
toda vana esperanza en que se engañan
como niños los hombres,
todo necio consuelo
desecharé, y a nadie en tiempo alguno,
¡oh muerte!, he de aguardar sino a ti sola;
tan solo el día esperaré sereno
en que decline adormecido el rostro
en tu virgíneo seno.

Mi mente imagina; tanto que por poco
mi corazón se asusta. Y como el viento
oigo susurrar entre las plantas, yo aquel
infinito silencio a esta voz.

El infinito

Colección
Lima Lee

